

Porque si era cierto que forjaba una filosofía, también procuraba registrar las profundas experiencias y motivos que le daban color. Su experiencia primera, los datos lo atestiguan, fue principalmente un rompimiento: se libertaba de la antigua fe que había heredado, de su hambre de amor que nunca había de satisfacer. Costumbres, sentimentalismo, desconfianza en la razón y en el conocimiento le preocuparon y atormentaron durante mucho tiempo, y al fin pudo desprenderse de ellas:

Sweet are the days we wander with no hope

*Along life's labyrinthine trodden way,
With no impatience at the steep's delay,
Nor sorrow at the swift—descended slope.
Why this inane curiosity to grope
In the dim dust for gem's unmeaning ray?
Why this proud pity, that dares to pray
For a world wider than the heaven's cope?
Farewell, my burden! No more I will bear
The foolish load of my fond faith's despair,
But trip the idle race with careless feet.
The crown of olive let another wear;
It is my crown to mock the runner's heat
With gentle wonder and with laughter
sweet.⁽¹⁾*

En el asunto de su amor, el autor de estos sonetos, atormentado, más que por sus sentidos, por el inmenso anhelo de la gloria y belleza de amar y ser amado,

*But, Oh, ye beauties, I must never see
How a great lover have you lost in me!⁽²⁾*

se desprende de esa esperanza imposible de alcanzar, y de su dolor que parece interminable, para buscar refugio mucho más allá de toda ilusión o pena.

*After grey vigils, sunshine in the heart;
After long fasting on the journey, food;
After sharp thirst, a draught of perfect
good
To flood the soul, and heal her ancient
smart.
Joy of my sorrow, never we can part;
Thou broodest o'er me in the haunted
wood,
And with new music fill'st the solitude
By but so sweetly being thou art.
He hath who made thee perfect, makes me
blest.*

(1) "Dulces son los días en que vagamos sin esperanza—por el hollado y torcido camino de la vida,—sin impaciencia en la tardanza del ascenso,—ni tristeza por lo rápido del descenso.—A qué esa insensata curiosidad por buscar—en el turbio polvo el fulgor inútil de una gema?—A qué esa vana piedad, que osa pedir un mundo mayor que la bóveda del cielo?—Adiós carga mía! Nunca más llevaré—el tonto fardo del loco desvarío de mi fe,—sino que emprenderé el ocioso caminar con paso descuidado.—Dejad a otro que lleve la corona de olivo,—que la mía es morfarme del ardor del corredor,—con asombro gentil y dulce carcajada".

(2) "Mas nunca, oh, beldades! debo contemplar—qué ferviente amante habéis perdido en mí".

*Oh fiery minister, on mighty wings
Bear me, great love, to my eternal rest.
Heaven it is to be at peace with things;
Come, chaos now, and in a whirlwind's
rings
Engulf the planets. I have seen the best⁽³⁾*

De este modo el amante, como el pensador de sonetos, alcanza una certeza profunda, una perfecta calma escéptica en la cual fundar su filosofía. Una filosofía así obtenida es difícil que sea superficial, porque ha nacido de una experiencia adquirida en las mismas raíces de la vida; es difícil el que se encuentre en ella algo de amargura, de maldad o de inútiles lamentaciones, por haber ya perdido todos sus pequeños egoísmos en el crisol del dolor. Si Santayana es uno de los filósofos más lógicos, también es uno de los de más personalidad. Estas dos cualidades se unen en él, haciendo de su persona una de aquellas poquísimas en que se pueden encontrar casi al mismo tiempo el hombre que vive y el hombre que razona.

Los Sonetos, los versos más exquisitos publicados en los Estados Unidos durante las postrimerías ruidosas del siglo pasado, marcan, según puede presumirse, el período de la vida literaria de Santayana, en que tenía la idea de una vida razonable y en la que hizo el firme propósito de construir un sistema de filosofía digna de ella. A su alrededor yacían, él vió, ruinas de ilusiones e idealismos, escombros de doctrinas derrumbadas aquí y allá por los instintos que los filósofos no querían o no podían, salvo en contadísimas ocasiones, identificar o admitir en sus sistemas. El hombre era un animal que, a veces alcanzando las más altas formas del pensamiento, se había elevado a un punto en que ya era algo más que una bestia, pero que todavía tenía que arrastrar el viejo lastre de sus instintos y el acúmulo y desperdicio de las viejas opiniones e ideas que en diferentes tiempos le habían servido o estorbado. Su condición intelectual era, por consecuencia, tan confusa como probablemente había sido siempre; y sólo podía salir de ella por un esfuerzo comparable con aquel que hubo de hacer cuando se separó de las otras bestias que eran entonces sus vecinas y primas. Así, pues, el hombre debería hacer uso, en un nuevo esfuerzo, de la historia y del análisis—imperfecto aún—y de los descubrimientos accidentales que antes ya

(3) "Después de grises vigiliás, sol en el corazón;—después de largo ayunar en el sendero, pan;—después de abrasante sed, corriente de suprema bondad—para inundar el alma y curar su viejo resquemor.—Alegría de mi tristeza, nunca podremos separarnos;—tú me cobijaste en el bosque encantado,—y con música nueva llenaste la soledad—ahí, pero tan dulcemente como eres tú.—Aquel que perfecta te hizo, háceme bien aventurado.—Oh, vehemente sacerdote, en poderosas alas—transportame, gran amor, a mi descanso eterno.—El cielo debe estar en paz con las cosas;—ven ahora mismo, Caos; y en los anillos de un remolino—arrastra a los planetas, que ya he visto lo mejor".

habían sido sus únicos instrumentos. Y esto fue lo que se propuso Santayana al escribir con una precisión metafísica la epopeya de la mente humana en su evolución, desde los oscuros momentos en que por primera vez tuvo conciencia de sí misma como entidad, y no sin causa alguna, tramada en el mecanismo de la naturaleza exterior y de los instintos animales, hasta aquellos otros en que pudo sentirse inteligencia pura y considerar a la naturaleza ya como mero mecanismo; estado que sólo alcanza un reducido número de hombres. La epopeya sería algo así como una tragicomedia de errores, una lucha constante contra cosas extraordinarias, una continua derrota por alcanzar un fin relativamente feliz.

El que *La Vida de la Razón* no haya llevado la forma y el método del *Prometeo Encadenado* o del *Hellas*, de Shelley (que brotaron de una visión muy semejante a la de Santayana, más de lo que a primera vista parece), débese al temperamento y profesión del propio Santayana. De carácter no era "una perfecta criatura", como él mismo dice al hablar de Shelley, sino "un producto combinado de . . . la naturaleza, de la historia y de la sociedad", no siendo "obtuso a las sarcásticas y diversas lecciones de la fortuna", ni incapaz de "aprender por el cañoneo de inexplicables y amargos hechos que destruyen, en el mayor número de nosotros, lo poquito de sabiduría que tenemos". En su epopeya tenía que tomar en cuenta multitud de datos de la existencia—que Shelley tuvo que dejar aparte—para ser honrado con su concepción de la vida humana, que consistía en un conflicto dramático entre el bien y el mal deliberados. Profesionalmente, Santayana era un filósofo cuya ciencia era dialéctica. Por más viva que haya sido su concepción del desarrollo de la mente humana, no creía que pudiera justificarse sólo por una mera expresión poética de ella; de igual manera que si el botánico quisiera justificarnos un campo de flores, que para el *amateur* solamente sería un cuadro encantador, con describir únicamente las impresiones que le proporcionara su aspecto, pero sin mencionar siquiera el nombre científico de una flor o distinguirla exactamente de otras por su olor o colores.

El filósofo o el botánico tiene sus habilidades para convencer, no menores que el lego para persuadir; deben de ser precisos y analíticos. Por lo tanto, aunque Santayana escribía lo que en efecto era una epopeya, tuvo que hacerla tan exacta como un tratado, dando origen, como era natural, a que los expertos la encontraran demasiado poética, y los profanos demasiado científica. *La Vida de la Razón* ha corrido lamentablemente la misma suerte que el *Dynast*, de Thomas Hardy, el único fruto semejante en su generación literaria, y caído, como vulgarmente se dice, *entre dos bancos*.

Su suerte es deplorable, porque la *Vida de la Razón* ofrece una profunda, perspicaz, excitante y bella síntesis de la experiencia